

II CONGRESO - MARACAY - VENEZUELA

abril 19-24 de 1960

El Problema de las Dictaduras. - Sus Causas. -
Factores que perturban la estabilidad democrática. -

Ponentes:

Luis Alberto Monge

Daniel Oduber.

Para sintetizar en pocas páginas el problema de las dictaduras en América Latina, analizaremos ciertos aspectos generales sin ahondar en los problemas específicos recientes.

Consideramos como una de las principales causas de las dictaduras, la falta de capital disponible, en este siglo, para el desarrollo económico de las naciones latinoamericanas. Esa causa se ha acentuado por el predominio político que alcanzaron los únicos inversionistas que se hallaban en capacidad de hacer inversiones para el desarrollo económico latinoamericano; las oligarquías feudales y las compañías imperialistas. Los dos grupos fomentaron siempre, en lo que va del siglo, las dictaduras latinoamericanas para facilitar la tarea de explotar a estos países en su propio beneficio. Ambos grupos consideraron siempre más provechoso el trato con un solo hombre, o con un grupo reducido de hombres, que con representantes de instituciones democráticas complejas que atrasaban sus gestiones, o

ponían frenos justos a su insaciable afán de lucro. El trato de Inglaterra para con los países asiáticos y africanos, por ejemplo, guarda similitud con el trato que dieron los mismos ingleses a Latinoamérica en el siglo XIX, y los estadounidenses en lo que va del siglo XX. Las reacciones nacionalistas en Asia y en Africa, tienen similitud espiritual con las reacciones anti-imperialistas en América Latina de los últimos tiempos.

Dice José M. Machín, en su obra "Caudillismo y Democracia en América Latina":

"Sin llegar al dogmatismo de los que vocean, las causas económicas como únicas regidoras de los múltiples fenómenos de la vida universal, se tiene que reconocer que esas causas son predominantes en muchas situaciones de nuestro acontecer social. Porque nadie podrá negar que es debido, sobre todo, a la existencia de una economía nacional atrasada y a la ayuda de sectores extranjeros, económicamente poderosos, que las dictaduras han podido supervivir en Latinoamérica, aún hasta nuestros días" (pág. 48, Ediciones Humanismo, México, 1955).

La falta de ese capital adecuado, que hemos citado, ha traído como consecuencia ineludible la formación de estados débiles en la América Latina, y el crecimiento gradual de grandes masas mal nutridas y sin educación apropiada. Esto ha hecho más fácil la tarea para que cualquier ambicioso se erija en dictador. Ha fomentado, pues, la aparición de gobiernos dictatoriales y también pseudo-democráticos, instrumentos ambos dóciles de los grandes intereses económicos nacionales o extranjeros, que utilizan el aparato del Estado y todos los recursos de éste para defender los intereses de estos grupos privados que han sido siempre más fuertes que el Estado.

La misma falta de capital de inversión encaminaba nuestras economías hacia la explotación colonial de materias primas (agrícolas, pecuarias o mineras) con la inevitable pirámide social de pocos jefes en la cúspide y muchos trabajadores mal pagados en la base.

Esto originó en nuestros países, la aparición de clases sociales antagónicas: los propietarios, empresarios y banqueros de un lado, y los trabajadores agrícolas, industriales y mineros del otro. En algunos países, a pesar de los factores en contra, ha ido formándose una clase media. A medida que avanzan los años esta clase media, nutrida por los dirigentes más capaces de la clase trabajadora, se fortalece y capacita intelectuales y profesionales que plantean en Latinoamérica las tesis justas de todas las reivindicaciones sociales. Se plantean así, los cambios necesarios de la estructura económica y política de nuestros países, sus relaciones con las naciones industrializadas, y la necesaria aunque incipiente revolución latinoamericana que se empieza a perfilar en búsqueda de sus propias formas de expresión. Desde 1910, en México, hasta 1959, en Cuba, se convulsiona todo el continente y el común denominador que priva en estas convulsiones revolucionarias es el deseo de buscar instituciones políticas adecuadas para Latinoamérica, a base de estados sólidos capaces de controlar nacionalmente, las fuerzas feudales e imperialistas. El fortalecimiento de las universidades nacionales, logrado por la Reforma de Córdoba en 1917 (Autonomía Universitaria), entre otros, ha hecho posible la formación de una clase revolucionaria democrática, profundamente convencida de que, una vez consolidada la lucha por la libertad política de Latinoamérica, se debe luchar por lograr formas de gobierno que permitan consolidar los principios democráticos fundamentales, y utilizar las riquezas de un continente en el mejoramiento de las condiciones de vida del hombre latinoamericano. En esa tarea, la lucha democrática está apenas iniciándose.

Si se continúa manteniendo el sistema actual económico de explotación internacional, que remunera nuestro trabajo y obliga a pagar caro el trabajo de los países desarrollados, mediante los altos precios de

los productos de su industria, se mantendrán las causas que hacen posibles y fortalecen las dictaduras. Las desigualdades sociales resultantes de esa explotación han estimulado una serie de ensayismos políticos desafortunados, que van desde el "machismo" totalitario, hasta atrevidos intentos del comunismo internacional para establecer en algunos de nuestros países dictaduras anti-democráticas de grupo. La tarea más difícil y más urgente es la tarea democrática. Para eso se necesita educación de masas. Para poderlo lograr nuestros Estados necesitan explotar primero y desarrollar después las riquezas de nuestro continente. Es decir, poseer elementos económicos que liberen al latinoamericano. No debiera hablarse de estabilidad democrática en efecto, donde exista explotación del hombre.

Durante la II Guerra Mundial y en los años posteriores, muchos países de Latinoamérica fueron víctimas de dictaduras desembozadas y de regímenes dictatoriales de apariencia democrática. Las democracias occidentales luchaban en los campos de batalla, contra nazis, fascistas y oportunistas, flameando la bandera de la libertad y la justicia. Mientras esa lucha se daba en los campos de batalla de Europa y de Oceanía, en Latinoamérica se imponía a dictadores, se sostenían gobiernos corruptos, y se hacían carantoñas al comunismo. Mientras se llenaba de propaganda anti-totalitaria Latinoamérica, los diplomáticos y militares de las democracias anglosajonas justificaban y alababan al "hombre fuerte" que gobernaba a algunos de sus países, mientras se exigían sacrificios económicos a nuestros pueblos, comprando nuestros productos a precios congelados injustos, quienes empuñaban las armas contra los totalitarismos europeos y asiáticos, ayudaban paradójicamente grupos feudales y gobernantes no menos totalitarios, a enriquecerse por medio de contratos de defensa".

Es más los diplomáticos del Departamento de Estado y del Foreign Office, los militares, y también los representantes de las compañías inversionistas en Latinoamérica, recomendaron, como mejor solución política, el fortalecimiento de los hombres fuertes. El ímpetu democratizante de los primeros años del New Deal y su política del Buen Vecino se perdieron y se entregó la dirección de la política Latinoamericana en Washington a representantes de compañías imperialistas y a funcionarios mediocres que coqueteaban con los dictadores. La junta Interamericana de Defensa, dirigida por militares, consideraba conveniente el fortalecimiento de las dictaduras latinoamericanas. El Pentágono bajo su consejo volcó entonces sobre ellas la enorme ayuda material de guerra con esas dictaduras que oprimieron a sus pueblos. Primero los nazis y los comunistas después, han servido de pretexto para fortalecer los regímenes totalitarios en Latinoamérica durante los últimos decenios. Mientras utilizaban a los comunistas para su campaña anti-nazi durante la guerra, los patriotas latinoamericanos luchaban contra los comunistas. Así en nuestro país, Costa Rica, manifestaciones populares organizadas por los comunistas, para apedrear y saquear el comercio alemán e italiano, en 1942, iban encabezadas por el Agregado Militar de la Embajada Americana, por funcionarios diplomáticos de esa misma Embajada y líderes políticos nacionales. Resultó muy fácil con esta táctica apoyada en los vaivenes de la política internacional a los ambiciosos y oportunistas, tomar el poder, como anti-nazis primero como anti-comunistas después. Países que habían luchado por obtener sus formas democráticas de gobierno se vieron de la noche a la mañana gobernados de sargentos oportunistas, amigos y cómplices de los gerentes de compañías imperialistas, compañeros de fiestas de diplomáticos y militares anglosajones, que garantizaban, de esta

manera, la estabilidad para los inversionistas de sus respectivos países. De esa época de dictadura y corrupción datan, como su efecto natural, dos fuertes corrientes en Latinoamérica; la pasión democrática como reacción contra las dictaduras, y la pasión ética contra el engaño y la corrupción. Desgraciadamente para el Hemisferio, en el la mayoría de los países se identificó a los Estados Unidos con los dictadores, como los ladrones y con los farsantes latinoamericanos. Un grupo de demócratas americanos fué el primero en dar en la Primera batalla por la unión en la lucha contra la dictadura y la corrupción latinoamericana. En la primera reunión de la Asociación Pro-Democracia y Libertad de la Habana, en 1950. En esta reunión se conocieron líderes democráticos latinoamericanos y en sus sesiones se inició la pelea internacional contra los enemigos de la democracia. En 1952 había dictaduras en Cuba, Haití, Bolivia, Argentina y Paraguay, y gobiernos con disfraz democrático en muchos otros países. Las grandes compañías consideraban como garantía para sus intereses a esos gobernantes, con algunas excepciones, y recomendaban al Departamento de Estado estimularlos, entre otras cosas, con condecoraciones. Las concesiones para inversiones se obtenían fácilmente comprando a algunos pocos funcionarios. Los demócratas de América Latina tuvieron pues que luchar tanto contra los dictadores como contra los ladrones que tenían a su favor la opinión oficial de los grandes países. A los demócratas latinoamericanos se les perseguía si querían obtener armas para derrocar tiranos, en cambio a los tiranos se les regalaban armas de último modelo, "para la defensa continental". El movimiento de liberación política de Latinoamérica, tuvo que luchar contra todo este estado de cosas, y no se podía evitar que, en la mente de los combatientes, quedara muy clara la participación de los Estados Unidos quienes apoyaban al enemigo, corrompido y brutal. Diez años des-

pués de la reunión en La Habana se vuelven a reunir los dirigentes democráticos de Latinoamérica. La guerra contra las dictaduras está ganada casi en su totalidad. Sólo quedan las dictaduras de Santo Domingo, Nicaragua Paraguay. Los gobiernos que en 1950 tenían apenas la apariencia de democracias, hacen esfuerzos por fortalecerse como democracias efectivas. Los comunistas pasaron a ser, a su vez de aliados del tirano, defensores de la causa de la libertad, y se sumaron a la victoria democrática. Esa lucha fué dura y los victoriosos sientan y acatan responsabilidades. Pero el resentimiento contra los Estados Unidos persiste. Como no se puede escupir una política exterior, como dijera don José Figueres, se escupe a los representantes de los Estados Unidos, y se pisotea la bandera de la gran nación. Se consideraba en efecto, que la victoria contra los dictadores, en muchos países, fué una victoria contra los Estados Unidos. Y de este sentimiento también se quieren valer los agitadores pro-rusos, "demócratas" de última hora, que encauzan ese sentir hondo de los latinoamericanos, hacia el apoyo a dictaduras europeas.

Lo fundamental por el momento, es eliminar en Latinoamérica los factores que puedan amenazar la estabilidad democrática. Y dentro del ambiente caldeado que tiende a dividir hoy el Hemisferio, se deben tomar medidas que orienten América hacia su integración, a base de la identidad de regímenes democráticos justos. Cómo hacerlo? trataremos de sintetizar nuestro pensamiento al respecto en unas pocas ideas.

Son ya varios los autores latinoamericanos que demuestran, con sus escritos, al Hemisferio, que sin relaciones económicas justas entre países productores de materias primas y países industrializados, no

es posible mantener vivas las formas democráticas. Nos clasifican los economistas en la categoría de países sub-desarrollados.

Nuestras estadísticas nos colocan a la par de los países coloniales de Asia y Africa, principalmente, lo que nos sitúa en esa inmensa zona de la economía mundial que aporta mano de obra barata y compra artículos manufacturados caros, generalmente elaborados con materias primas producidas en esas regiones. En los últimos diez años se ha iniciado la tarea, a juicio nuestro imprescindible, de crear conciencia en los países desarrollados, Estados Unidos y Europa Occidental principalmente, de la necesidad de establecer relaciones justas de comercio internacional, sobre todo con los países llamados sub-desarrollados. El fenómeno de las relaciones de Rusia con sus países satélites y de Europa Occidental y Estados Unidos con los suyos, en el plano puramente económico hace pensar a algunos políticos y economistas que, dentro de poco tiempo, se entenderán ambos colosos para explotar más cómodamente a los países débiles.

El punto IV del Presidente Truman se planteó inicialmente como la necesidad de dar asistencia técnica a los países de Latinoamérica para su propia formación y desarrollo. Ha llegado a ser posteriormente un instrumento de penetración más de las famosas "compañías privadas" Norteamericanas.

Mientras los países desarrollados nos sigan considerando solamente como proveedores de materias primas pagadas a precios ínfimos, los grupos económicos encargados de asegurarse la producción de esas materias primas para sus industrias, seguirán fomentando las dictaduras en Latinoamérica porque éstas se prestan a este mercado de baja explotación. Es incomprensible la falta de visión de los hombres de industria imperialista, que mediante esos procedimientos no estimulan a fondo el consumo de las masas latinoamericanas para fortalecer orgánicamente su propia economía. Es menester

pues, una planificación económica integral. La mentalidad estrecha de los representantes de la "Empresa Privada" capitalista ahonda más, año tras año, la diferencia del nivel de vida de los pueblos industrializados si se le compara, aunque sea superficialmente con el de los pueblos "sub-desarrollados". Por este camino de empobrecimiento paulatino de Latinoamérica lo que se vislumbra es o el caos o la restauración y permanencia de las dictaduras.

Cada país debe establecer sus propias instituciones de gobierno democrático de acuerdo con su idiosincracia y, como consecuencia, sus propias organizaciones económicas. Las soluciones que han hecho posible el desarrollo democrático y económico de los Estados Unidos y de Europa Occidental, a juicio nuestro, no son las más adecuadas para el desarrollo respectivo de Latinoamérica en la segunda mitad del siglo XX. A pesar de eso, con las ideas de libertad política que nos han legado las democracias occidentales, se nos quiere imponer dogmáticamente la necesidad de la gran empresa capitalista como única forma de lograr el desarrollo económico. Dice don José Figueres:

"La presión que se nos hace contra la empresa de propiedades públicas, ya sea por egoísmo o por razones doctrinarias o dogmáticas, está deteniendo nuestro desarrollo y forzando a los pueblos de América Latina a entregarse más y más o a las compañías extranjeras o a sus propias oligarquías". "Para los que aseguran que la empresa pública trae consigo el despotismo político, y que el sistema de las grandes compañías trae la libertad, basta comparar la historia reciente de Uruguay, con la de Venezuela. En el Uruguay han estado nacionalizados la mayor parte de los servicios públicos, las refinerías y la electricidad, durante medio siglo, y allí hay más libertad que en ningún otro país americano. Venezuela ha sido la catedral de la empresa privada, en sus máximas excelencias las compañías del petróleo y el acero, y a la vez, ha sido el calabozo y la cámara de tortura de sus propios ciudadanos". (Discurso de traspaso del Poder: 8 de mayo de 1958).

En dos palabras, la explotación de nuestras riquezas la podemos hacer los latinoamericanos a base de empresas públicas que puedan financiarse, en lo interno, por medio de sistemas tributarios justos, y en la internacional, por medio de ayuda efectiva de los países industrializados, si llegan alguna vez a convencerse de que la mayor política, aún para el florecimiento de su economía, es la de levantar el nivel de vida de los países subdesarrollados. Un cambio de mentalidad en la política de Estados Unidos, en tal sentido, por ejemplo, traería como consecuencia que los organismos estatales de ayuda exterior de ese país financiaran empresas estatales de los países de Latinoamérica mediante préstamos de bajo interés y plazo prudencial para que estas empresas estatales orienten el desarrollo económico en cada país. En vez de hacer esto, lo que hacen (casi siempre con la ayuda de dictadores o mandatarios oligarcas) es boicotear económicamente a esos organismos estatales para que éstos no puedan competir con compañías imperialistas, desprestigiadas y por lo tanto inadecuadas para nuestro medio.

Nuestras formas institucionales deben responder a lo que somos, y no ser copia de sistemas que hicieron posible el enriquecimiento poderoso de las democracias occidentales. La insistencia por mantener esos sistemas, ayer vigentes y hoy sobre pasados, porque vivimos en una época en que se acaba el colonialismo y se acaba la sumisión de las áreas explotadas del mundo, son los que están atrasando el desenvolvimiento pleno de nuestras instituciones auténticamente democráticas.

Financiación adecuada para el desarrollo económico en Latinoamérica por medio de empresas estatales. Justicia internacional entre el equilibrio de los precios de materias primas y de artículos manufacturados. Es así como se fortalecerán orgánicamente las democracias de Latinoamérica, para eliminar una serie de causas económicas que crean las condiciones fa-

vorables a la anarquía demagógica o al caudillismo entreguista.

Nuestros pueblos deben darse sus propias democracias para lograr lo cual tiene que desarrollarse económicamente de acuerdo con sus recursos y créditos internacionales que no obstaculicen el libre juego de sus instituciones de Sanidad, Educación y Seguridad Social son sólo posible en países que empleen el producto de su trabajo en el mejoramiento de los niveles de vida de sus habitantes. Mientras sigamos viviendo las formas de coloniaje internacional y de explotación feudal, las mejores constituciones no serán más que letra muerta, en sarcástica contradicción con la pobreza creciente de las grandes mayorías latinoamericanas, cuyo bienestar esas mismas constituciones aseguran garantizar.

Muy valiosa fué la ayuda de los organismos internacionales y de los países desarrollados a la Revolución Boliviana, los organismos especializados de las Naciones Unidas, los organismos oficiales de los Estados Unidos y los organismos regionales hemisféricos, con su actitud positiva en este hecho político, produjeron una impresión favorable. El apoyo al grupo democrático revolucionario significaba a plazo largo, apoyo a sus programas. Es la primera vez en la historia del Hemisferio, que no se derroca un gobierno que nacionaliza intereses oligárquicos y extranjeros, sino que, por el contrario se le ayuda para su consolidación. La transformación de la realidad económica boliviana hará posible la formación en ese país de pequeños propietarios rurales, de una clase media y también el mejoramiento espiritual de los trabajadores que, por primera vez en la historia, tienen la posibilidad de educarse en la idea democrática, a condición, claro está, que esa ayuda se mantenga, se intensifique y se consolide cada día más. El respeto a la revolución boliviana es el primer acto inteligente de los Estados Unidos frente a una revolución social lati

noamericana.

El énfasis que se le da a lo económico en muchos casos, ha colocado en segundo plano la necesidad ineludible de educar nuestros pueblos partiendo de su propia historia y realidad sociales. Es partiendo de nuestro espacio-tiempo, como diría Haya de la Torre, que debemos organizar nuestros sistemas educativos para capacitar a las nuevas generaciones latinoamericanas para que le hagan a la enorme tarea de integrar y desarrollar el continente.

La formación técnica de los jóvenes de Latinoamérica no es tan costosa como lo creen algunos. La prioridad que se le da a otros gastos, como la defensa, por ejemplo no permite a las débiles economías durante nuestros países la instalación y el funcionamiento de grandes centros de investigación y educación tecnológicos. Israel, con menores recursos que muchos de nuestros países, ha fundado el Instituto Weizmann, que está a la par de los grandes centros de investigación europeos y americanos. Estamos seguros de que si estamos dispuestos a hacer sacrificios en ciertos renglones de gastos innecesarios, podríamos fundar instituciones similares en varias zonas de Latinoamérica. Entre tanto, hagamos que los Estados paguen sus salarios a quienes desean estudiar y que los envíen a los centros más avanzados de capacitación tecnológica. En los países totalitarios se paga a los jóvenes para que estudien y además puedan mantener sus familias con sus sueldos. Es un reto a América, donde todavía la educación académica y técnica es un lujo de pocas familias. Es este uno de los retos más fuertes que nos hacen las dictaduras socialistas. La inversión en fines educativos es, sin duda alguna la más reproductiva de cuantas pueden hacer nuestros países.

Una clase media fuerte es garantía de estabilidad política. Los países de Latinoamérica cuyas razones históricas diversas la han hecho

posibles, han logrado estabilizar sus instituciones. Los efectos de las suspensiones transitorias en esos países de la institucionalidad no han sido profundos, y se han recobrado rápidamente las funciones democráticas de gobierno. Por otra parte para dignificarse plenamente, el hombre del campo y el obrero de la ciudad deben darse cuenta de que su trabajo diario es tan importante y requiere su preparación como el trabajo del intelectual. Este es otro aspecto de la tarea educativa con que también nos retan los países de la órbita rusa. Fortalezcamos nuestra clase media. Hagamos propietario al campesino por medio de reformas agrarias. Eduquemoslo para la formación de cooperativas y de trabajos comunales. Démosle habitación decente al obrero y hagámoslo sentirse digno en su esfuerzo organizativo en las labores comunales, en su participación en las empresas. Todo eso no es ilusorio, es posible que devenga realidad. Ya se está viviendo en algunas partes de Latinoamérica y se está demostrando con ello su factibilidad. Aunemos esfuerzos hacia esa formación social, basada sobre nuestras realidades y evitaremos así que las dictaduras encuentren medio fácil para su fortalecimiento donde aún perduran, o hagan su reaparición en los países de donde han sido desarraigadas.

Queremos ser democracias, pero no siempre sabemos que significa democracia en 1960. En el siglo pasado se copió la constitución estadounidense; se han copiado instituciones francesas; algunos países han querido imitar la organización política de Suiza, etc. Las leyes son bellas, pero las realidades latinoamericanas no corresponden a esas leyes. Ahora hay quienes desean copiar los sistemas políticos resultantes de las evoluciones rusa y china, que propulsan exclusivamente el mejoramiento material del hombre. Románticos los primeros y materialistas los otros, ambos nos proponen ideas generales, pero no pueden darnos formas políticas rí-

gidas. La democracia latinoamericana debe ser una democracia para los latinoamericanos. En cada país además debe instituir formas correspondientes de gobierno. Así por ejemplo, en Costa Rica el sistema bancario está en manos del Estado, en Chile no lo está. En Uruguay la educación está en manos de una institución autónoma, en Venezuela no lo está. En muchos países funciona el sistema legislativo bicameral, en otros nó. En unos países el Presidente de la República tiene atribuciones para actuar fuertemente, en otros apenas es un símbolo.

Sin embargo, las instituciones políticas de cada país, cualesquiera que ellas sean, deben tener una base común; deben ser democráticas. Lo que queda de esa palabra, después de cien años de ensayos y realizaciones es la clásica definición de Lincoln: un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Lo demás es secundario. Lo que ha fallado en nuestras brillantes constituciones y formas jurídicas es que, por tratar de constituir los mejores sistemas institucionales, se olvida, las más de las veces, la base filosófica fundamental del régimen democrático. Cuando podía reunirse a toda la comunidad y pedir su asentimiento para determinada acción de estado, contando las manos levantadas que respaldaban al gobernante, la democracia era simple. Hoy la democracia es compleja. Hoy el énfasis de la sabia fórmula lincolniana se acentúa en la realización del gobierno PARA el pueblo, lo que hace peligrar a veces, otras dos condiciones: DE y POR. Sólo la concepción integral simbolizada en esas tres palabras, puede garantizar una democracia efectiva, y como consecuencia la libertad que le es propia. Tememos ahora más la formación de gobiernos democráticos que se olviden de gobernar para el pueblo, que la posibilidad de la formación de dictaduras, las cuales tenderán a desaparecer conforme se fortalezca más, en nuestros países la filosofía de una auténtica democracia. Cientos de discursos, folletos, libros y conferencias, se ven hacer anualmente en

América Latina. Para lograr esto unos recomiendan una "revolución democrática" otros una "democracia funcional", otros una "democracia integral", otros "un gobierno democrático fuerte". A juicio nuestro el deseo común que une a pensadores y masas latinoamericanas es que se gobierne para el pueblo, y no se siga gobernando para grupos privilegiados o compañías inversionistas. Esta es la técnica política de la etapa que caracterizará Latinoamérica en los años sesenta a cuyo umbral entramos.

Que cada país busque sus correspondientes formas de gobierno democrático. La fuerza institucional de un Estado democrático está siempre en razón directa al apoyo popular al gobierno que represente los intereses de la nación, cualquiera que sea la filosofía democrática que lo sustente. Este enunciado suena fácil, pero para llegar a esa meta, cuesta sangre y cuesta tragedia, como la sangre que derramaron y la tragedia que padecieron nuestros pueblos en los diez años pasados.

Rómulo Betancourt, en su artículo "Panamericanismo y Dictadura", publicado en Cuadernos Americanos en 1954, citaba el caso curioso de que a la hora de condenar a Rusia y a Hungría en las Naciones Unidas, los representantes de Países latinoamericanos, adalides de la no intervención, no tenían inconveniente en votar contra esos países por hechos de política interna contrarios a los derechos humanos. Cita Betancourt palabras de Dardo Régules, que nos parece oportuno traer aquí.

"La no-intervención, que empezó como defensa de las soberanías débiles, frente a la expansión violenta de la potencialidad yanqui, se ha transformado en la garantía perfecta de las dictaduras militares, como un desenlace político tan decepcionante que puede convertir la protección internacional de los derechos del hombre en protección internacional de los "derechos" del déspota".

Los esfuerzos hechos en la Conferencia de Cancilleres de Santia-

go de Chile, por Venezuela, para fortalecer los organismos garantes de la democracia representativa y los derechos humanos en nuestras organizaciones internacionales, deben contar con el apoyo decidido de todos los partidos representantes en esta Conferencia. La intervención colectiva no es intervención. El Gobierno del Presidente Figueres, en las últimas elecciones de Costa Rica en 1958, invitó oficialmente a una misión de expertos electorales de las Naciones Unidas a que estuvieran presentes en el proceso. Pueden darse cuenta los señores delegados a esa Conferencia lo que ese hecho simple puede significar para el fortalecimiento democrático de nuestros países.

Atrás hablamos de la política de nuestros compradores de materias primas (Inglaterra primero, Estados Unidos después) en relación a nuestros sistemas políticos y como, con pocas excepciones, sus dirigentes han estimulado la instauración de dictaduras y las han sostenido después con fondos y armas. Sin embargo grupos esclarecidos en los Estados Unidos están tratando ahora de que cambie esta actitud de política parcializada, sin embargo, no podemos ser optimistas, pues ejemplos recientes evidencian la falta de información y poca madurez política de los encargados de la política latinoamericana en los Estados Unidos:

a) Los ejércitos que invadieron Guatemala en 1954 se armaron y entrenaron en Nicaragua y Honduras, bajo las órdenes de los Somoza y Trujillo. Las facilidades las dió la United Fruit Co. y los fondos necesarios, organismos directamente relacionados con la Casa Blanca en Washington. Ante Latinoamérica esa intervención indirecta de diplomáticos, militares, dictadores y compañías imperialistas contra el régimen político de un país latinoamericano, fortaleció la idea de que los Estados Unidos, la United, Somoza y Trujillo son una sola cosa: los enemigos.

b) Una vez instalado Castillo Armas en Guatemala, el mismo aparato, bajo la misma dirección de Somoza y Trujillo, y con el apoyo incondicional de Marcos Pérez Jiménez, fué entrenado en Nicaragua por varios meses para invadir a Costa Rica. Funcionarios de la Embajada de los Estados Unidos en Managua visitaban los campos de entrenamiento y arengaban a los mercenarios, Costa Rica fué invadida a pesar de tener un gobierno democrático de limpia extracción popular cuyos hombres representativos habían hecho una guerra contra los comunistas en 1948. En este caso los interesados no eran la United Fruit Co., como en Guatemala, o por lo menos no aparentaba serlo, sino que eran directa y personalmente, los dictadores. Entonces también armas, fondos, hombres, y tácticas fueron respaldados por diplomáticos y militares estadounidenses, pagándoles a los dictadores con esta ayuda el favor de haberles servido en la destrucción del gobierno constitucional de Guatemala.

c) Marcos Pérez Jiménez, dictador sangriento, fué condecorado por el Presidente Eisenhower quien colgó del pecho del dictador la medalla militar de los Estados Unidos, en nombre del pueblo estadounidense, por los servicios del más infame de los tiranos de la causa de la democracia continental. Fulgencio Batista, dictador sangriento, recibió honores, apoyo y armas, por su condición de Campeón anticomunista. Embajadores estadounidenses son partidarios (y a veces socios) de Somoza y Batista. Senadores y Congresistas los elogian. Trujillo es defendido por dirigentes de este tipo de pensamiento político colonialista estadounidense.

d) Los dirigentes democráticos de Latinoamérica han sido víctimas en el exilio de la persecución sistemática de detectives, diplomáticos y políticos estadounidenses. Cuando don José Figueres, siendo Presidente de Costa Rica, dispuso visitar Puerto Rico, las autoridades

interesadas sugirieron a don Rómulo Betancourt, hoy Presidente de Venezuela, que mejor fuera a pasar vacaciones a las Islas Vírgenes, pues un encuentro con el señor Figueres podría ser resentido por Trujillo, Batista, Somoza o Pérez Jiménez, por entonces el cuadrilatero sangriento del Caribe.

Estos hechos que recordamos ahora son apenas unos pocos de cuantos, en esta línea política han sucedido. Nos parece que la mejor forma de defender la integración hemisférica no es ésta sino por medio de hechos fehacientes que evidencien el deseo de los políticos oficiales norteamericanos de impulsar en Latinoamérica las instituciones democráticas que alegan ser el objetivo primordial del gobierno norteamericano en sus relaciones con nuestros países. Pero hasta la fecha han usado y abusado de la interpretación pesimista de la Sociología Latinoamericana, que cree en el providencialismo del gobierno de los hombres fuertes. Lo que han logrado es propiciar en nuestro pueblo un clima de desconfianza cuando no de agresión hacia los Estados Unidos, impidiendo a un mismo tiempo el advenimiento de la democracia.

Apoyar una revolución democrática como la de Bolivia, es, por el contrario abrir el camino para un entendimiento. Apoyar convenios de comercio internacional que puedan traer justicia económica en las relaciones entre nuestros países y los compradores estadounidenses de materias primas, es abrir el camino para una integración hemisférica. Financiar organismos estatales para que puedan comprar instalaciones de inversionistas estadounidenses en Latinoamérica, es hablar nuestro idioma y hacerse entender. ¿Cuál sería la posición de Cuba, por ejemplo, si en vez de querer destruir la Revolución Cubana, los hombres públicos estadounidenses estuvieran tratando de financiar las empresas públicas cubanas para que adquirieran la propiedad de compañías que colaboraron con

el dictador, y explotaron inícuamente el pueblo cubano? El apoyo de Estados Unidos a la Revolución Boliviana significó la liquidación de los agitadores demagógicos, y la liquidación de las pretensiones pro-rusas que podían existir en ese país. El apoyo de los Estados Unidos, decidido, con fondos, técnicos, y definiciones claras, a la Revolución Cubana, la dirigiría hacia una mayor estabilidad institucional e impediría el trabajo de agitadores que predicen la admiración hacia la dictadura rusa y el veneno contra la democracia americana. ¿Cómo esperar que se admire en América Latina la vida de los Estados Unidos si lo que se conoce y se ha experimentado de ella es el diplomático venal, el gerente de compañía con traje de negrero, el político tonto, y el militar partidario de los dictadores.?

Los países de amplia holgura económica, como los Estados Unidos, tienen la obligación histórica de ayudar a salir de su miseria a las grandes masas empobrecidas que tienen en su más inmediata vecindad. En un mismo barrio no caben el palacio y la covacha, ni en una misma mesa caben los que saborean golosamente manjares y los que apenas si comen desperdicios. Si se cree en la necesidad de luchar por la democracia en Hungría, no se debe creer en luchar por la democracia en Guatemala, sino pelear por ella, no destruyéndola alevosamente sino fortaleciéndola. Si no hay una posición ética clara, por encima de la transitoriedad política, se pierde autoridad moral. En esta lucha por la democracia y la libertad de Latinoamérica, Estados Unidos perdió torpemente su autoridad moral, pues en América ya no se le cree, y se le tiene por aliado de oligarquías, compañías imperialistas y dictadores. Por eso le pisotea la bandera y le escupen a sus hombres públicos. Pero aún Estados Unidos está ~~en el~~ momento de recuperar su autoridad moral, en nuestros países, si viril y objetivamente rectifica su acción política